



# Capítulo 14

## Del Viento, el Poder y la Memoria

Materiales para una lectura crítica  
de Miguel Gutiérrez

Cecilia Monteagudo | Víctor Vich  
editores



Pontificia Universidad Católica del Perú  
FONDO EDITORIAL 2002

Primera edición: octubre de 2002

*Del Viento, el Poder y la Memoria. Materiales para una lectura crítica de Miguel Gutiérrez*

Diseño de carátula: Gisella Scheuch

Copyright © 2002 por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Plaza Francia 1164, Lima-Perú.

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

Fax: 330-7405

E-mail: [feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del editor.

Hecho el Depósito Legal: 1501362002-4572

ISBN: 9972-42-503-7

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## HOMBRES DE CAMINOS (1988)

EL JUSTICIERO HOMBRE DE CAMINOS

por Maynor Freyre

QUIZÁ ESTE DEBIÓ SER EL TÍTULO de la novela recientemente publicada por Miguel Gutiérrez Correa, después de cerca de 20 años de espera. Porque, desde que circulara *El viejo saurio se retira* (1969), se vislumbró la promesa de *Matavilela*, fragmento de una posible novela, publicado en la revista *Visión del Perú* —que, con calidad y periodicidad, solía entregarnos Milla Batres—, y luego se hablaba de que ya, de que faltaba poco, que en breve saldría la nueva obra de Gutiérrez Correa.

Ahora, gracias a la atinada decisión de Humberto Damonte Larraín, bajo el sello de Editorial Horizonte, nos llega a las manos *Hombres de caminos*, título escuela y sin mayores aspavientos con que ha denominado Gutiérrez a su esperada novela.

El ingreso a la lectura de la misma nos hace penetrar a una especie de crónica sobre los personajes que protagonizarán, con mayor o menor énfasis —algunos casi pasan de soslayo— la trama novelística. El lenguaje en un principio es ríspido y nos lleva a conjeturar que no hay nada nuevo bajo ese sol piurano que castiga con fuerza los desiertos norteños.

Pero, a medida en que avanzamos, nos vamos dando con una serie de artículos «extraídos» del semanario —hebdomadario lo llama el autor— *El amigo del pueblo*, escritos por su director-propietario, Sansón Carrasco, en un alambicado y furibundo len-

guaje de principios de siglo. Allí leemos al periodista jugando con sus artículos para poder contrabandear su posición de anarquista frente a la proliferación del *bandolerismo* que asuela los caminos y pueblos aledaños de la aristocrática Piura de aquel entonces. En este capítulo, el autor le da la opción a su personaje de presentarnos la vida y milagros de los bandoleros a través de algunas crónicas y de acercarse a hechos y hurgar historias, valiéndose de un reportero bisoño y de algunas entrevistas.

El segundo capítulo —la novela posee tres, además de una obertura y un epílogo— nos trae la visión de los hechos valiéndose de la narración o la rapsodia de El Ciego, quien, antes que preferenciar a los bandoleros, se inclina por un solo héroe, el prefecto aristócrata Rodolfo Lama Farfán de los Godos, quien desde ese momento empieza a perseguir a los bandoleros para exterminarlos y a protagonizar la novela. Allí también Gutiérrez deja su rispidez para retornar los alambicamientos de *El viejo saurio*, recurriendo a los vasos comunicantes, racontos, monólogos interiores, que medio que despistan al desprevenido lector y al iniciado lo llevan a colegir que hay un traspies, que quizá la cosa primera del pianopiano se choca con estas fosforescencias joyceanas (para los ignaros, vargasllosianas). Pero un momentito; no en vano El Ciego es un rapsoda, como también lo es el novelista de *Hombres de caminos*, ya que va usando varios y diversos lenguajes y estilos con los que va narrando su historia, donde todas las muertes —ahí está presente Gabriel García Márquez— han sido anunciadas apenas en la obertura.

Inclusive, es innegable que el rapsoda recurre también a sus antiguos compañeros de caminos literarios, sus colegas Gregorio Martínez y Antonio Gálvez Ronceros, con los que conformara, al lado de otros talentosos escritores, el grupo Narración. Y esto aflora en el tercer y último capítulo, donde la gran metáfora se redondea —aquella que veíamos venir burdamente desde un comienzo— y la novela toma el gran vuelo del *in crescendo* de las sinfonías: son los hombres del pueblo los que empiezan a narrar, los que con su lenguaje nos meten a la verdad, los que nos hacen ver del porqué de su rebelión, de su búsqueda insensata

de la justicia frente a un enemigo que usa a gente de la clase de los alzados para combatirlos. Ahora ya no hay duda del mensaje y de la alta calidad de la obra. La narración se vuelve subyugante, como si uno escuchara contar las historias sentado en la banca de una rústica cabaña al pie del desierto piurano. La religión misma se hace presente con esa fuerza con que vive dentro de nuestro pueblo, como las creencias más ancestrales. ¿Adrede no mueren acaso junto con el personaje principal, Isidoro Villar — no estamos adelatando ningún desenlace—, un buen y un mal ladrón?

El canto final es un tronar de silencios, un coro polifónico que canta al mañana, un retornar al camino de las venganzas justicieras que nos empuja a vislumbrar el advenimiento de una serie de novelas (¿trilogía como la de John Doss Pasos, tetralogía?) que seguirá a esta obra que, a no dudarlo, es mayor; de seguro parangonable con *El mundo es ancho y ajeno* de Ciro Alegría y con *Todas las Sangres* de José María Arguedas.

Sí, afirmamos que es una novela de aventuras, pero no al estilo de las de Emilio Salgari, sino donde la gran aventura social de las luchas reivindicativas de hombre en pos de la justicia vibra y está presente.

*La República*, Lima, 21 de abril de 1988.